

Reina de diamantes

Barbara Metzger



Traducción de María Sánchez Salvador



PANDORA

Libros publicados de Barbara Metzger

1. Una deuda con Delia

**LA TRILOGÍA DE LAS CARTAS**

2. As de corazones

3. Jota de tréboles

4. Reina de diamantes

Título original: *Queen of Diamonds*

Primera edición

© Barbara Metzger, 2006, published by arrangement with Lennart Sane Agency AB

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».  
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-607-0 Depósito legal: B-30258-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 9

Para los Yankees, por los buenos tiempos  
tras los malos tiempos.



1800

—¡Mamá!

El disparo despertó a lady Charlotte Endicott de su siesta entre los brazos de su niñera. Esta chillaba, y mamá trataba de alcanzar a Lottie desde el otro lado del carruaje. Se oyó otro disparo, y también unas voces estridentes e iracundas. Los caballos galopaban a más velocidad de la que Lottie había experimentado jamás. Papá se enojaría. Era conde y todo el mundo acataba sus órdenes.

El coche sufrió una sacudida y luego patinó, cayó dando tumbos y se estrelló en un abrupto acantilado.

Muchísimo ruido, seguido por el silencio.

Lottie se arrastró entre los escombros aferrada a su muñeca y ajena a la sangre que manchaba su delantal y a los cortes que cubrían su rostro. Las botas negras de la niñera asomaban bajo el tejado del destartado carruaje. Uno de los caballos permanecía en pie, resoplando. Los demás estaban amontonados unos sobre otros e inmóviles, pero Lottie no los miró.

Mamá no llegó a responder a sus llamadas.

Entonces un hombre se acercó desde la carretera tambaleándose acantilado abajo. Era el nuevo mozo de caballos, no Neddy, quien había prometido ayudar a Lottie a poner nombre al poni que la estaría esperando al llegar a casa, en Carde Hall. Neddy estaba demasiado enfermo para viajar con ellas desde Kingston Upon Hull tras el funeral del abuelo Ambeaux.

Aquel hombre pronunciaba palabras malsonantes. Además, le sangraba la pierna y cojeaba. Miró a su alrededor, hacia arriba y a sus espaldas, como si tratase de escuchar el coche de equipajes que los seguía. Entonces vio a Lottie.

—Por todos los demonios. La mocosa.

Lottie retrocedió, pero tropezó con una de las ruedas rotas. El hombre la agarró por la parte posterior de su vestido y la levantó en el aire, con muñeca y todo.

—¿Sabes mi nombre?

Lottie asintió con la cabeza:

—Dennis Godfrey. Mi niñera me lo dijo. Se supone que no debo mirar su diente de oro.

—¡Rayos y centellas! —La dejó en el suelo y se sacó un revólver del cinturón—. Me van a colgar por el trabajo de hoy, de todos modos. También podría dificultarle mi búsqueda a tu padre.

Sin embargo, el arma estaba descargada. Mientras la cargaba de nuevo, Dennis Godfrey miraba a la niña y pensaba: *Desde luego, tu papá pagaría un dineral por recuperarte. Dicen que Carde lo tiene. Y no creo que sea tan rápido como para enviar al sheriff o a la milicia tras de mí, aunque tu vida dependa de ello.* Volvió a enfundarse el revólver en el cinturón y se puso en cuclillas delante de Lottie mientras dejaba escapar un quejido por el dolor que le provocaba el disparo en su pierna. Se arrancó el pañuelo que llevaba al cuello para atarlo alrededor de la herida de bala. Mientras hacía el nudo, dijo:

—Hoy debe de ser tu día de suerte, señorita. El tío Dennis te va a llevar con él.

Era un criado, no un pariente. Lottie sacudió la cabeza.

—No, yo me quedo aquí a esperar a papá.

Godfrey le propinó una bofetada.

Nadie le había puesto la mano encima a lady Charlotte Endicott en sus tres años de vida. La impresión y el dolor fueron la gota que colmó el vaso después de todo lo que había ocurrido. Lottie olvidó cómo ser valiente del modo en que papá le había enseñado. No era más que una niña, casi un bebé, y quería irse con su madre. Quería irse a casa.

Comenzó a sollozar.

Dennis Godfrey la sujetó por los hombros y la zarandeó.

—Nada de llorar ahora. Vas a venir conmigo y se acabó, ¿me oyes? Juega bien tus cartas, eres hija del conde de Carde, ¿no?,<sup>1</sup> y estarás de vuelta en tu cómoda camita tan pronto como yo tenga mi dinero. Pero suelta un

---

<sup>1</sup> N. de la t.: La palabra *carde* en inglés significa «carta».

ruidito, dile una palabra a alguien, y no volverás a ver a tu familia. Te esconderé tan lejos que nadie te encontrará. ¿Lo entiendes?

Seguía zarandeándola, pero Lottie alcanzó a decir:

—Mis hermanos me encontrarán.

Sus adorados hermanos mayores siempre la encontraban cuando jugaban al escondite.

—¡Tú sigue así, habla con alguien, dile mi nombre o el tuyo y encontraré a tus queridísimos hermanos y les pegaré un tiro! —La zarandeó por última vez, más fuerte—. Como a los conejos. Y los colgaré para que los encuentren las alimañas: ratas, cuervos, gusanos y...

Lottie se desvaneció entre sus brazos.

—Bien. Así molestas menos.

Dennis Godfrey envolvió a lady Charlotte en su tosco abrigo de pelo, la echó sobre el lomo del único caballo superviviente y huyó antes de que nadie supiera de aquel horrible desastre.

Para asegurarse el silencio de la cría, Godfrey añadió a sus amenazas algo de láudano. Consiguió la botella de la misma sanguijuela de manos mugrientas que un día después extrajo de la pierna de Godfrey la bala disparada por el revólver del cochero. Aquel matasanos pueblerino, que hacía de barbero, enterrador y veterinario, también le entregó sin hacer preguntas una yegua robusta y ensillada a cambio del caballo de pura raza del carruaje.

El asesino metido a secuestrador, que hacía de mozo de caballos, matón a sueldo y salteador de caminos ocasional, continuó su ruta hacia Londres tras enviar un mensaje a Kingston Upon Hull. Dennis Godfrey tomaba senderos apartados y carreteras secundarias siempre que le era posible y viajaba de noche cuando la luna alumbraba el camino, sin dar respuestas a nadie que fuese lo suficientemente incauto como para preguntarle por su prisa o por su carga.

Lottie se despertó en una habitación oscura, polvorienta y con olor a rancio. Su lamento provocó que el hombre malo, cuyo nombre no debía pronunciar, la mirase y levantase la mano. Ella se encogió contra el fino colchón que reposaba en el suelo, herida, hambrienta, prácticamente paralizada por el miedo. Él le arrojó un mendrugo de pan y un pedazo de queso y señaló una desconchada palangana situada en el rincón.

—¿Sabes cómo usar eso, mocosa? Si no lo sabes, peor para ti. Yo no cambio pañales.

Por supuesto que Lottie sabía cómo utilizar un orinal. No era un bebé. Pero nunca había usado uno sucio. Ni comido con las manos sucias. Su

niñera se enfadaría, pero ella no estaba allí. El hombre malo sí, y había otro más, de menor estatura, al que llamaba Eyes.<sup>2</sup> Lottie pudo comprender por qué, ya que los ojos del desconocido sobresalían como los de una rana. Se comió el pan y escuchó lo que decían.

—Te digo que vamos a hacernos ricos —decía Dennis Godfrey desde la cama, con su pierna vendada estirada hacia delante y una botella de güisqui al lado—. Y te digo más: aquel maldito cochero loco pagó por dispararme, sí señor, y ahora Phelan Sloane pagará también. Nunca dijo que el cochero estuviese armado, ni que fuese tan leal.

—¿Pero por qué iba a pagar por la niña cuando no es más que la mocosa de su prima muerta?

—Porque lo colgarán junto a mí si me cogen. Él me contrató para detener el carruaje, ¿no es cierto? Eso lo convierte en alguien tan culpable como el demonio a ojos de cualquiera. No fue culpa mía que el cochero no diese media vuelta. Sloane pagará lo suficiente para que yo abandone el país y viva en algún sitio elegante. Ya le he dicho a qué banco tiene que enviar el dinero, o si no enviaré una carta a Bow Street.

—El conde tiene mucho más dinero.

—Y más influencia. Dejemos que Sloane trate con él. A mí no me importa de dónde venga el dinero, solo que esté esperando en ese banco de Londres. De todos modos, apostararía a que Carde pone rumbo al norte antes de recibir mi mensaje siquiera. Sloane no le dirá nada sobre mí. ¿Cómo podría, sin confesar? En cuanto el conde regrese a la ciudad le enviaré una típica carta de rescate. —Se rió mientras se llevaba la botella de güisqui a la boca—. Yo cobraré de ambos señoritos y ellos ni se enterarán.

Miró hacia el rincón en el que se encontraba Lottie.

—Quizá baste con enviarle a su excelencia uno de los dedos de su criaturita para demostrar que la tengo, si me ocasiona algún problema.

Lottie se metió el pulgar en la boca.

—Solo debo pensar qué hacer con la cría mientras tanto.

—Yo digo que tirarla al Támesis. Puedes cortarle unos cuantos rizos primero y meterlos en la carta de rescate para así demostrar que la tienes. Reconocerán ese color crema antes que un dedo. Tendrás tu dinero para cuando hayan encontrado el cuerpo. Y yo tendré mi parte. De ese modo no habrá que preocuparse de que dé nombres, o algo.

---

<sup>2</sup> N. de la t.: Significa «ojos» en inglés.

Godfrey dio otro trago a la botella.

—Nunca he matado a ninguna niña. ¿Y tú?

Ize,<sup>3</sup> Ezra Iscoll, era más un comerciante que un asesino, aunque guardase un cuchillo siempre a mano. Solía vender artículos usados, hubiesen sido adquiridos de forma honrada o no; información claramente deshonesta referente a objetivos fáciles para hurtos y robos; y seguridad, en forma de habitaciones secretas bajo su lúgubre tienda situada en los bajos fondos de Londres.

Ahora agitaba la cabeza, lo cual le hacía parecer más una carpa cazando una mosca que una rana.

—De todos modos no parece estar muy bien. ¿Y si se pone enferma?

—No lo hará. No, si sabe lo que es bueno para ella.

Lottie continuó chupándose el pulgar con los ojos casi tan abiertos como los de Ize.

Godfrey le dijo a su compinche:

—Ve a buscar a Molly. Dile que la necesito, pero nada más, por si acaso. Vendrá. Mi hermana es leal hasta la médula.

—Pero tu hermana Molly es una vieja costurera solterona. No sabe nada de niños.

—Sabrá más que nosotros. Además, no es tan vieja —protestó su hermano con afecto—, y si este asunto se convierte en la mina de oro que yo creo, podrá comprarse una tienda en lugar de arreglar trajes en el teatro. A lo mejor también podría comprarse un marido.

Los ojos de Ize se hicieron un poco más grandes ante la idea de que la regordeta de Molly, con el rostro lleno de marcas de viruelas, tuviese dote. La parte que le habían prometido a él de todo aquel jaleo no era tan generosa, teniendo en cuenta el peligro que suponía enfrentarse a un aristócrata. A Ize no le atraía la idea de pasar el resto de su vida en Botany Bay<sup>4</sup> (si es que le quedaba vida después de que se le echase encima el conde de Carde) en caso de que atrapasen a Dennis Godfrey. Se sentiría mejor si la niña estuviese en otro lado, y no en sus propias dependencias. Se sentiría mejor si nunca hubiese conocido a Dennis Godfrey, a su hermana ni a una criatura de alta cuna secuestrada. Aun así, estaba el dinero; y estaba Molly.

---

<sup>3</sup> N. de la t.: Verdadero nombre del personaje, que en inglés comparte pronunciación con *eyes*, de ahí la confusión previa de la niña.

<sup>4</sup> N. de la t.: Una de las colonias penales creadas por el Imperio británico en Australia en el siglo XVIII, donde se enviaban cientos de convictos para aliviar la presión demográfica y la saturación de las prisiones británicas.



No tenía sentido enviarle a esta una nota, aun sin tener en cuenta el peligro de que cayese en las manos equivocadas, ya que ella no sabía leer. Dennis Godfrey no podía ir porque le dolía la pierna, así que Ize tomó un coche de plaza hasta el teatro en el que Molly trabajaba.

—¿Acaso te has vuelto loco? ¿Crees que puedo dejar mi trabajo antes de la obra? ¿Qué pasa si esa vaca que hace de Julieta revienta de nuevo las costuras?

Pero Ize le susurró algo acerca de una fortuna y una expósita. Había decidido no mencionar al conde de Carde, por si agitaba la delicada sensibilidad de Molly, o su codicia. Quién sabe, tal vez ella prefiriese vender la información sobre la niña al aristócrata. Dennis Godfrey se fiaba de Molly. Ize no se fiaba de nadie.

—¿Una niña?

Ize le tapó la boca con la mano.

—¿Vienes o no? Si el plan de tu hermano resulta, no tendrás que preocuparte por ningún asqueroso empleo mal pagado.

Molly recogió sus escasas pertenencias, junto con unos cuantos retales de material que pertenecían al teatro, y se marchó con el amigo de ojos saltones de su hermano.

Cuando llegaron al negocio propiedad de Ize, ante el frontal de una tienda con aspecto abandonado, una puerta destartalada y un mugriento escaparate, ubicado en un callejón repleto de basura, Molly se lo pensó dos veces. Sin embargo, Ize llevaba su cartera y la empujaba hacia la entrada. La condujo, a través de montones de artículos que nadie compraría nunca, hasta una puerta secreta y por una escalera oculta que descendía.

Su hermano, Dennis, estaba dormido, o aletargado, sobre la cama, con la sangre filtrándose a través del vendaje de su pierna y una botella vacía junto a él. Molly lo había visto peor. Chasqueó la lengua y siguió el gesto que hizo Ize para señalar hacia un rincón incluso más oscuro que el resto de la estancia, que tenía aspecto de celda. Tomó la palmatoria y se aproximó al mugriento camastro que había en el suelo.

—Dios del cielo, realmente hay una niña —dijo, agachándose junto a una esquina del colchón. Apartó el abrigo embarrado de su hermano—. Y es una cosita preciosa, a menos que me engañe toda esta porquería. —Le retiró del rostro unos cuantos rizos enmarañados que debían de ser de un atípico color rubio pálido y miró sus ojos, del color del cielo estival, a pesar de su aspecto enrojecido por las lágrimas—. Una belleza clásica, doy fe. En unos pocos años romperás el corazón de muchos caballeros.

Lottie seguía chupándose el pulgar.

—¿Y quién eres tú, guapa?

Lottie no decía ni pío.

—Yo soy Molly, sí, que ha venido a hacerte compañía. ¿Cómo te llamas tú?

Lottie dirigió su mirada hacia el hombre malo que yacía sobre la cama. Parecía dormido, pero no podía asegurarlo. ¿Decir su nombre? Antes renunciaría a su muñeca, y al poni que le habían prometido que la esperaría en casa.

—¿Qué ocurre, guapa? ¿Se te ha comido la lengua el gato?

Lottie miró a su alrededor buscando el gato.

Molly le sacó el dedo de la boca a la pequeña.

—¿Nadie te ha dicho que así te estropearás los dientes? Venga, vamos, tesoro. Tienes que saber cómo te llamas.

Desde luego que Lottie sabía cómo se llamaba. Era lady Charlotte Elizabeth Endicott, y jamás se lo diría a nadie. No podía hacerlo, no si quería ir a casa, no si quería evitar que hiciesen daño a sus hermanos.

—Sabes hablar, ¿verdad? —preguntó Molly.

Lottie asintió.

—Bueno, eso es un comienzo al menos. —Molly se sacó un pañuelo de la manga, escupió sobre él y comenzó a limpiar el rostro de Lottie.

Lottie retrocedió, aferrándose aún más fuerte a su muñeca.

—Eres tímida, de acuerdo. O tal vez no estés acostumbrada a modales tan vulgares —añadió Molly tras analizar mejor el atuendo de la niña. Estaba hecho jirones y cubierto de manchas, pero nadie sabía reconocer los tejidos buenos y la esmerada costura mejor que Molly Godfrey. Tomó aire y miró a su hermano, que dormía, y luego a Ize, que se cortaba las uñas con un cuchillo de aspecto horrible.

—¿Qué demonios han hecho ahora estos dos pobres diablos? ¿Y de dónde...? —murmuró. Aquella no era una pilluela de la calle. Hasta su muñeca vestía ropajes más caros que las ropas de cualquier huérfano londinense.

—A lo mejor tu muñeca tiene un nombre.

Nadie le había dicho a Lottie que no pudiese pronunciar el nombre de Dolly, pero tal vez fuera mejor no hacerlo. Tal vez fuera mejor no abrir la boca en absoluto, no decir nada a nadie, hasta que papá viniese a buscarla.

—Vale, probemos de este modo, guapa. —Molly se puso en pie e hizo una reverencia—. Molly Godfrey a su servicio, milady.

A Lottie le habían enseñado modales, especialmente con los sirvientes. Y Molly estaba siendo amable y conocía su título. Tal vez llevase a Lottie

a casa si supiera el resto de su nombre. Lottie miró primero hacia la cama, a continuación al hombre al que llamaban Eyes y, finalmente, se levantó e hizo la mejor de sus reverencias, tal y como mamá le había enseñado. Tendió su muñeca hacia Molly y dijo:

—Queen.<sup>5</sup>

La reina le había regalado la muñeca, así que no era mentira. Y todo el mundo sabía que el nombre de la reina era Charlotte, como el suyo.

—¡Vaya, eres una verdadera damita! Yo te habría llamado Princesa, pero que sea Queenie. Ahora, su alteza, veamos qué podemos hacer. Yo estaba en lo cierto, y es una lástima aún mayor, ya que no puede traer nada bueno poner un pavo real en un palomar.

El hermano de Molly no quería saber nada acerca de devolver a la niña adonde la había encontrado; se negaba a contarle dónde y cómo, y también por qué le habían disparado. Esperó a que Ize se marchase de la habitación para hacerse con otra botella de ginebra, y luego le dijo a su hermana:

—Cuanto menos sepas, mejor. Lo único que tienes que recordar es todo el dinero que vamos a sacar de esto. Tengo a un señorito agarrado por sus partes nobles y a otro por el cuello. Pagarán, y seguirán pagando. Incluso dándole a Ize su porcentaje, o lo que él cree que le corresponde, tenemos la vida arreglada, hermanita. Tal y como mamá dijo, estoy cuidando de ti.

—Nuestra madre también dijo que acabarías mal.

—Entonces moriré como un hombre rico. Y no pueden colgarme si no me encuentran. Tan pronto como los caballeros empiecen a depositar dinero en el banco, puedo embarcarme hacia las colonias. Tú puedes seguir recaudando y enviándome mi parte, o venir conmigo. Uno de los primos no lo sabe, pero nos va a mantener durante el resto de su vida.

—Y a mí también —intervino Ize, regresando a la habitación y pasándole la botella tras beber un poco.

Molly limpió deliberadamente la boca de la botella antes de darle un trago. Se la pasó a su hermano y preguntó:

—Pero ¿qué pasa con la chiquilla?

Dennis se encogió de hombros.

—Sabe demasiado. Cuando yo me haya ido y tú estés bien encaminada, tal vez puedan recuperarla. Hasta entonces, siempre has querido tener tu propia familia, ¿no es cierto?

---

<sup>5</sup> N. de la t.: «Reina» en inglés.

Molly se atragantó con el siguiente sorbo.

—¿Me la voy a quedar yo?

Ize volvió a coger la botella:

—Es eso o el Támesis.

La niña volvía a estar acurrucada bajo el abrigo, meciéndose.

—¡No serías capaz!

Dennis simuló degollarse a sí mismo con un gesto.

—Si tiene que ser ella o nosotros...

Así que Molly se llevó a la niña, a la que llamó Queenie, y se marchó de Londres aquel mismo día. Se quedó con el dinero que le sobraba a su hermano, un baúl lleno de ropa y botas y cepillos del pelo de segunda mano de la tienda de Ize, así como el nombre del banco londinense donde se realizarían dos depósitos anuales. Para siempre.

Nada de estar esclavizada trabajando para actrices desagradecidas y de dudosa moral, disponible a todas horas y en terribles condiciones. Nada de preguntarse dónde conseguir la próxima comida si el director encontraba una costurera más rápida o más barata. Nada de comer, dormir y coser sola, sin tan siquiera un gato que le hiciera compañía. Ahora Molly tendría alguien a quien cuidar, alguien para quien quería confeccionar bonitos vestidos, alguien que la necesitaba.

Molly tenía un viejo amigo que se había ido de Londres años atrás para establecerse como sombrerero en Manchester. Allí fue donde decidió trasladarse para comenzar su nueva vida. Sería la viuda de un militar. Con tantas mujeres en esa misma situación, nadie sospecharía de una madre y su hija huérfana de padre. Ize le proporcionó una alianza de oro.

Decidieron que el militar muerto había procedido de una familia decente y, por tanto, la habría dejado en una buena situación económica, con medios suficientes para comprar una casita con un jardín donde Queenie pudiera jugar.

Molly nunca había visto el mundo tan de color de rosa. Ni siquiera la idea de que su hermano hubiese cometido un delito atroz (o la de que al quedarse con la niña ella era igual de culpable a ojos de un tribunal) podía empañar su entusiasmo. Por fin tenía ante ella la oportunidad de llevar una vida mejor. Y si las cosas empeoraban, siempre podía huir del país, como su hermano, o casarse con Ize.

En cuanto a Lottie, nadie le preguntó y ella tampoco dijo nada. Estaba tan decepcionada con Molly que apenas habló durante todo el viaje. Sin embargo comió y permitió que Molly la bañase, la vistiese, y desenredase los nudos de su cabello... Y que le diese un beso de buenas noches.

Ellas se fueron y Dennis Godfrey se mantuvo oculto, borracho y dolorido, salvo para ir al banco a comprobar que se había realizado el primer depósito de su extorsión, así como a la casa Carde, en Grosvenor Square, para asegurarse del regreso del conde.

El loco que había contratado a Dennis Godfrey había efectuado el pago del chantaje, pero el conde no regresó. En lugar de eso, condujeron a lord Carde a su casa de campo, donde murió de unas fiebres provocadas por la pérdida de su hijita y por el dolor de enterrar a su amada y joven segunda esposa.

Los herederos del conde o sus albaceas habrían pagado un rescate por recuperar a la niña, pero era demasiado tarde. Dennis Godfrey murió debido a la putrefacción de su herida antes de poder reservar un pasaje que lo sacase de Inglaterra.

Ize viajó a Manchester para comunicarle las noticias a Molly. Creía que su tercio de ganancias no era suficiente (de hecho, era un cuarto lo que estaba recibiendo del trato con su mentiroso y tramposo amigo muerto) y quería la mitad. Molly se negó. El tercio de su hermano sería para Queenie, para su futuro.

Ize no discutió, pues pensaba que todavía tenía una oportunidad de conseguirlo todo casándose con Molly.

¿Renunciar a su recién conseguida riqueza y libertad? ¿Hacer de alguien de los bajos fondos, con aspecto de haber salido reptando de debajo de una roca y que vivía en una cueva, el padre de Queenie? ¡Nunca!

Ize se planteó llevarse a la mocosa (o su cuerpo, que no podría contar historias en los tribunales) de vuelta a Londres para cobrar la recompensa. Pero no se le ocurría el modo de conseguir el dinero sin nombrar a Molly, quien respondería haciendo que todo el asunto recayese sobre él. Entonces tendría que matarla a ella también y la idea no le atraía demasiado. Además, estaba el dinero con el que el hombre que había contratado a Dennis Godfrey compraba su silencio. Aquello resultaba tan generoso como una pensión de un tío rico, salvo por el hecho de que únicamente Molly podía retirarlo, ahora que su hermano era pasto de los gusanos.

Por si Molly oía algo acerca de la recompensa y pensaba en devolver a la cría a su familia y quitarlo a él del medio llevándolo ante el magistrado, Ize le recordó a Molly su parte de culpa. Le advirtió que no sobreviviría a las galeras, a que se la pasaran continuamente de los guardas a la tripulación del barco y a los convictos, hasta su muerte.

¿Renunciar a Queenie? Aquella niña era todo lo que Molly no era: hermosa, brillante, inocente y pura. Además se comportaba muy bien,

como si temiese perder de nuevo otro hogar y a otra amante madre. Molly iba a la iglesia todos los días para dar gracias al Todopoderoso por el ángel con que la había bendecido. ¿Renunciar a aquel precioso regalo? ¡Nunca!

Además, no sabía nada sobre ningún conde muerto, ni de lo elevado de la recompensa por encontrar a una niña desaparecida. ¿Cómo iba a saberlo, tan lejos de Londres y sin saber leer para enterarse de las noticias diarias de los periódicos?

Aparte de su único amigo, el sombrerero, Molly solamente tenía una coqueta casita en las afueras de Manchester. El aire allí era más limpio y los vecinos se ocupaban de sus asuntos. En ocasiones hacía trabajos de costura para su amigo para no perder la práctica, pero sobre todo se dedicaba a criar a Queenie como a una perfecta dama. Incluso contrató a una irlandesa para que cocinase y limpiase durante el día, como cualquier aristócrata. Encontró a un decano retirado de Oxford para que formase a Queenie, a un retratista que le impartiese clases de dibujo y al organista de la iglesia para que le enseñase música. Con la formación de una dama y la dote propia de la hija de un hombre rico, Queenie no tendría que trabajar para ganarse la vida, ni vender su cuerpo solo para poder comer. Se casaría con un caballero decente y respetable que poseyera un rentable negocio o una porción de tierra. Tal vez incluso encontrase a un tipo con título. Molly tenía sueños para la chiquilla que se había llevado a Manchester y que le había robado el corazón.

Viajaban a Londres de vez en cuando para encontrarse con Ize y recoger el dinero que su nuevo benefactor seguía depositando en el banco. La cuenta figuraba a nombre de la señora Molly Dennis, y la señora Molly Dennis se convirtió en una viuda respetable con una hermosa y educada hija que era demasiado delicada para asistir a la escuela del pueblo y demasiado reservada para jugar con los niños del lugar.

¿Y Lottie? Con la capacidad de adaptación propia de los niños y sin otra elección, se convirtió en Queenie, una chica tranquila con una madre entregada y un padre muerto heroicamente. Tenía un tutor y un gatito, y todos los hermosos vestidos que una niña podía desear. Le encantaba coser, dibujar y vestir a sus muñecas, y escuchar las historias de su madre sobre todas las obras de teatro que había visto. Con el tiempo Queenie olvidó que tenía hermanos, o una gran casa en Londres, o un título que precedía a su nombre. El accidente de carruaje y el hombre malo eran recuerdos demasiado horribles, así que no pensaba en ellos. Pero a veces, incluso años después, se despertaría en medio de la noche temblando, aferrada a su almohada para no caerse y gritando: «¡Mamá!».



1813

Cuando una joven alcanza cierta edad, es decir, cuando una chica está a punto de convertirse en mujer, comienza a hacerse preguntas acerca de su futuro. A los dieciséis se estaba en la edad de soñar despierta con caballeros sobre blancos corceles, con castillos en el aire y con las tímidas miradas al chico de la puerta de al lado. A esa edad, algunas de las chicas del pueblo ya estaban casadas o comprometidas. Otras, a las que no se las necesitaba en casa para ocuparse de las granjas o de sus hermanos menores, se habían marchado a trabajar en los molinos o a servir en alguna casa. Las hijas de los terratenientes adinerados y de los empresarios planeaban sus bailes de presentación en sociedad. Las jóvenes damas de la aristocracia preparaban sus presentaciones ante la corte. Y Queenie... se hacía preguntas.

¿Dónde iba a encontrar un marido? ¿Cómo se habían conocido sus padres? ¿Cómo habían sabido que estaban enamorados?

Cuanto más crecía Queenie, más difíciles de responder se volvían sus preguntas. Lo que a Molly le parecía sencillo trece años atrás, ahora se le antojaba imposible. Había soñado con criar a su preciosa niña como una dama y verla casada con un refinado caballero. Pero ¿cómo? Queenie Dennis no era ni una cosa ni la otra, pues poseía los aires y la educación de una mujer de buena cuna pero no tenía contactos, ni linaje conocido, ni historia. Molly no podía ocultar su propio y ordinario acento, que la distinguía como perteneciente a las clases bajas, pero los chicos que trabajaban en las minas, los molinos y las granjas no eran lo suficientemente buenos para Su Alteza, como sus aspirantes a pretendientes llamaban a

Queenie cuando se les negaba una entrevista de presentación a la joven belleza.

Los hijos de la aristocracia veían en ella un diamante que brillaba con una atractiva dote. Pero sus padres harían más preguntas que un tendero o un abogado. Sus madres querrían conocer el árbol genealógico, no solo a la flor de una rama. ¿Quién era la familia de Queenie? ¿De dónde procedía la dote si el marido de Molly no era más que un militar cualquiera?

Vaya, cuán veloces huirían si Molly les revelase que su niña era rica gracias al dinero procedente de la extorsión a un hombre demente que había cometido un crimen. Pero ¿qué podría contarle a un futuro pretendiente? ¿Y qué podría decirle a Queenie acerca de su pasado... o su futuro?

La mugrienta niña sin hogar que era hacía trece años había sobrepasado incluso las estimaciones que había hecho Molly en cuanto a su belleza. Se estaba convirtiendo en una mujer despampanante, con un cabello largo y ondulado de color oro y unos ojos azul intenso. Tenía una compleción perfecta y una figura esbelta, con suficientes curvas como para parecer una mujer en lugar de una chiquilla. Queenie se parecía a su apuesto padre, y no a su parte de la familia; eso era lo que Molly (regordeta, feúcha y de ojos marrones) le decía a la muchacha cuando le preguntaba.

Ahora, sin embargo, el mayor miedo de Molly (aparte de que Queenie descubriese la verdad sobre su origen y la odiase por ello) era que su niña atrajese la atención del tipo de hombre que no le convenía, de alguien sin intenciones de ofrecerle una proposición honrosa. De ahí que nunca asistiesen a los eventos locales, a las cenas o a las ferias campestres, que nunca se reuniesen en el jardín de la iglesia tras los servicios dominicales, que nunca desayunasen en el salón de té o cenasen en la posada cercana.

Molly mantenía a Queenie cerca de casa, donde parecía contenta con sus clases, sus libros y su costura. Queenie tenía aptitudes para la moda y un don para el diseño que Molly fomentaba, ya que servía para mantener ocupada a la chiquilla. Dejaba que los vecinos pensaran que se le habían subido los humos. Dejaba que creyesen que Queenie era una estirada. Permitía que el futuro llegara solo. De todos modos, Molly no estaba lista para desprenderse de su mayor alegría. Queenie era demasiado joven e ingenua, y se hallaba demasiado protegida. La caza de marido podía esperar.

Pero la enfermedad que crecía en el interior del pecho de Molly, no. Por eso, Queenie estuvo demasiado ocupada cuidando de su madre para preocuparse por pretendientes y compromisos. Ahora le tocaba a Queenie



atender a Molly, confortarla, contarle historias y aliviar sus miedos... Y escuchar sus confesiones de viejos pecados.

Lo había hecho todo por amor, susurraba Molly a través de sus labios secos y agrietados. Lo había hecho todo por amor a su hermano, y por amor a Queenie.

Entre lágrimas, Queenie perdonó a su madre sin hacer preguntas. Desde luego que tenía muchísimas, pero no podía presionar a una mujer que luchaba por cada aliento. Y Molly le habría desvelado todos sus pecados, con la esperanza de alcanzar el cielo, pero era demasiado tarde. Entre el dolor, el láudano y su lucha por fijar su apagada vista en Queenie, la visión más hermosa a este lado del paraíso, Molly únicamente acertó a pronunciar ahogadamente las siguientes palabras:

—Nunca me casé.

Entonces Queenie se quedó sola. Su tutor se había retirado a casa de su sobrina hacía un año y su maestro de dibujo había encontrado un cliente rico en Bath para quien pintar retratos y realizar servicios más personales. El amigo sombrerero de Molly había emigrado a Canadá años atrás. La taciturna ama de llaves irlandesa regresaba a su casa por las noches.

Queenie revolvió toda la casa en busca de certificados de matrimonio, una biblia familiar con el árbol genealógico escrito, una carta de amor, cualquier cosa. Seguro que Molly deliraba cuando había pronunciado aquellas fatales palabras. Pero Queenie no encontró nada. Molly nunca había aprendido a leer, a pesar del empeño de Queenie, así que ¿cómo iba a escribir pruebas de algo que posiblemente no había existido?

Así que Queenie estaba sola con su dolor. Y era una bastarda.

Ni siquiera sabía quién había podido ser su padre. ¿Un héroe del ejército que se había ido de Inglaterra sin saber que su amada estaba encinta? ¿O acaso el teniente Dennis era un producto de la imaginación de Molly y de su deseo de ser respetada? El hermano de Molly podría saberlo, pero llevaba tiempo muerto. Un triste final para un mal comienzo, había dicho siempre Molly, y un nombre para olvidar. Aquello solamente dejaba a Ize.

*Señor, te ruego que no dejes que ese hombre detestable sea mi padre,* pedía Queenie mientras le escribía una carta al viejo... ¿Qué? ¿Amigo? ¿Socio? ¿Amante de Molly? Dios no lo quisiera. En cualquier caso, querría saber que Molly había fallecido, y tal vez llegar a tiempo para el funeral.

No lo hizo, y pocos fueron los que asistieron al servicio religioso en el cementerio.

Más tarde, mientras Queenie teñía algunos de sus vestidos de negro, hecha un mar de lágrimas, trataba de no desesperarse con respecto a su

futuro. ¿Cómo podía esperar contraer matrimonio ahora? Comprendía y apreciaba las mentiras que Molly había contado para apartar de su hija el estigma de la ilegitimidad, pero un futuro esposo tendría que saber algo así. Tendría derecho a saberlo y también a rechazar a una esposa cuya madre no era decente y cuyo padre era ficticio. Por supuesto, un hombre que la amase lo suficiente ni siquiera se preocuparía por eso, al menos no en las novelas de Minerva Press.<sup>6</sup> Incluso un dechado de amor y lealtad querría conocer de dónde procedía su dote. Si no era del militar muerto, ¿de dónde entonces?

Además, lo que Queenie sabía acerca de los hombres podría caber en su dedal. Según Molly, eran mentirosos y sus cráneos estaban repletos de lujuria en lugar de cerebro. Buscaban la virtud de una doncella, o bien su dinero. Y los maridos podían controlar cada una de las facetas de la vida de su esposa, desde dónde vivían hasta cómo se vestían o cómo gastarse su dote.

Así que Queenie decidió que no se casaría. Entonces contaba con casi diecinueve años y había llevado la casa de su madre durante sus últimos dos años de enfermedad. La casita le pertenecía, contaba con su dote y podía ganarse la vida como costurera.

Pero tuvo que enfrentarse a la verdad. Molly no había ido al banco de Londres durante aquellos dos años y el dinero que tenían en casa se estaba acabando. Y nadie en Manchester le daría trabajo a Queenie. Las sastras la consideraban demasiado altiva. Lo que sucedía es que era demasiado insegura a la hora de tratar con desconocidos. No sabía cómo hablar de un modo convincente para vender sus habilidades y demostrar su potencial. Para las modistas tenía muy poca experiencia, les resultaba una desconocida, excesivamente joven y demasiado peculiar. Hasta su nombre, Queenie, la hacía destacar. La zona estaba plagada de Janes, Marys y Elizabeths. ¿Quién había oído hablar de una Queenie que resaltase sobre el resto de la gente? Se comentaba que se creía demasiado buena para los muchachos del lugar. Demasiados aires de superioridad para las clientas de clase media.

Y aquello solamente le dejaba a Ize como último recurso.

La vida de Ezra Iscoll había mejorado con el paso de los años. Llevaba a cabo operaciones más sustanciosas como perista en un barrio mejor. Hasta se afeitaba, la mayor parte de los días, antes de abrir la tienda. Había creído

---

<sup>6</sup> N. de la t.: Editorial famosa por sus novelas románticas a finales del siglo XVIII y principios del XIX.

a Molly cuando le había dicho que se sentiría mejor el próximo mes, el próximo enero, la próxima primavera. Una vez más, había creído que se casaría con él algún día. La muy zorra había mentido y Ize estaba perdiendo su tienda. No quería regresar a los barrios bajos, así que necesitaba que Queenie fuese al banco de Londres, y también necesitaba saber qué sabía ella.

—Lo único que dijo fue que nunca se había casado —le contó Queenie ante una cerveza y unos bocadillos. Sabía que aquello era mejor que ofrecerle a aquel feo hombrecillo té y pasteles. Tal vez se hubiese afeitado, pero no se había quitado los pelos de la nariz y las orejas.

Él retorció el brazalete negro que se había atado a la manga en señal de luto.

—Entonces todo está bien.

—No, no todo está bien, ni siquiera medio bien. Tengo que saber quién era mi padre y por qué mis padres nunca se casaron.

—¿Para qué? Eso no cambiará nada. Lo pasado, pasado está. La vieja Molly se llevó sus secretos a la tumba, tal y como debía hacer. El dinero es lo que no se pudo llevar consigo, por suerte. Ahora es nuestro, tuyo y mío.

Lo último que Queenie deseaba era asociarse con aquel duendecillo glotón de ojos saltones. No le gustaba el modo en que se relamía los gruesos labios cuando la miraba, como si se le estuviesen ocurriendo ideas para hacerse con su dote, ahora que ya estaba totalmente crecida y sin la constante protección de Molly.

—¿De dónde procedía el dinero si no era de la familia de mi padre? —preguntó, con la esperanza de obtener información que pudiese terminar con su relación de una vez por todas. Podía acudir ella misma al benefactor de Molly, si tenía un nombre.

Ize se relamió de nuevo. No había llegado tan lejos en el negocio del engaño sin aprender a manejar un trato peliagudo.

—Te lo diré si vienes a Londres. Sé que Molly dejó un testamento, y eso debería convencer al banco para transferirte sus cuentas. Yo me quedo con mi mitad (nada de tercios o menos, no viniendo de una chiquilla a la que podría estrangular con una mano si fuera un hombre violento) y tú te enteras de algunas cosas que nadie te ha contado. —Por supuesto, le contaría aquello que Ize quisiera que la chica supiese. De ningún modo le iba a hablar de Carde o de la recompensa. Eso supondría firmar su propio arresto. Aquella remilgada señorita tardaría en delatarlo menos tiempo del que él tardaba en decir «lady Charlotte Endicott». Y el dinero del rescate también desaparecería.

Queenie se sintió tentada. Quería la información que Ize estaba poniendo a su alcance como se le pone una zanahoria a un asno. Y no tenía nada por lo que quedarse en Manchester. En Londres podría poner en marcha su propio negocio sin depender en absoluto de Ize ni de aquella dichosa cuenta bancaria.

—Me lo pensaré.

—¿Qué hay que pensar? Podríamos compartir un carruaje de vuelta a la ciudad mañana mismo.

¿Varias horas a solas con Ize? ¿Noches en la carretera? Aquello bastaba para convencer a Queenie de que debía aguardar.

—Tengo mucho que hacer aquí, papeles que firmar y esas cosas. He de escoger una lápida para la tumba, hablar con el abogado, hacer cosas en casa. Te haré saber si voy. O te avisaré desde la casa de la señora Pettigrew.

—Nombró a la amiga londinense de Molly.

—Ya veo. Y trae la copia de ese testamento. Si no, volveré yo mismo a por ti.

Ambos sabían que aquello era tanto una amenaza como una promesa. Queenie comprendió que nunca se libraría de aquel hombre hasta que solucionase el asunto del banco de una vez por todas, y también que de ningún otro modo averiguaría nada sobre su familia.

No resultó tan sencillo convencer al abogado de que vender la casa y trasladarse a Londres era lo mejor para Queenie, ni tampoco de que así se cumpliría la última voluntad de Molly. Para empezar, el abogado desaprobaba que las mujeres gestionasen el dinero. En segundo lugar, y siempre según él, cuanto más joven era la mujer, menos capacidad tenía para gestionar sus fondos. Y en tercer lugar, la señorita Dennis necesitaba a un hombre que la guiase para evitar que acabase en las compañías equivocadas, que la timasen para quedarse con su herencia o que encontrase un destino peor que la muerte en las perniciosas calles de la metrópoli. Ahora bien, el sobrino del abogado era un muchacho con muchas posibilidades de entrar en política. Con la esposa adecuada y un poco de respaldo financiero...

Queenie obtuvo una copia del testamento de Molly. La casa y su dote le pertenecían íntegramente a ella, por haber sido una hija cariñosa y diligente. Sin embargo, ningún tribunal había decretado que necesitase un fideicomisario, así que el abogado no tuvo otro remedio que acceder a sus deseos. Recogió su gratamente generosa dote, vendió la casita y sus muebles y dejó la mitad de los ingresos, tras pagar la pensión del ama de llaves, para que el abogado los invirtiese hasta que ella necesitase el dinero para su nuevo negocio.

¿Una mujer haciendo negocios? La señora Dennis no había educado a su hija como una dama para que ahora acabase como comerciante. El abogado se echó las manos a la cabeza. ¡Imposible!

Pero era posible, y además no le correspondía a él tomar la decisión. Para ser una mujer de modales tan moderados, Queenie estaba aprendiendo a tener una voluntad de hierro. Se marchó a Londres ese mismo mes.

No es que fuese asunto del abogado, pero Queenie tenía un plan y un lugar desde el cual llevarlo a cabo. En realidad conocía a alguien en Londres, o lo suficientemente cerca para que la distancia no importase, en Kensington. Valerie Pettigrew había sido una actriz de tres al cuarto muchos, muchos años atrás, cuando ella y Molly, encargada del vestuario, se habían hecho amigas. Valerie había dejado el teatro para convertirse en la amante de un hombre rico, un noble dispuesto a mantenerlas a ella y a la hija que habían engendrado. Desafortunadamente, aunque amaba a Valerie y a la niña, estaba casado con la madre de su heredero. Hellen (con dos eses, en honor al barón, Elliot, y porque Valerie nunca supo escribir bien) era unos años más joven que Queenie. Queenie y Molly solían alojarse en la diminuta habitación libre de la casa adosada de las Pettigrew cuando iban a Londres, y la señora Pettigrew la invitó a visitarla tras el triste fallecimiento de su madre.

Queenie aceptó la invitación. Fue en el carruaje del correo, pálida y paralizada de terror. Se decía a sí misma que no estaba asustada por la velocidad, ni por la mayoría masculina de pasajeros, ni por estar sola. Se decía a sí misma que únicamente tenía miedo del futuro. Se mentía a sí misma.

La señora Pettigrew se mostró encantada de verla, especialmente cuando Queenie hizo las gestiones necesarias para alquilar la pequeña habitación. El viejo barón apenas iba ya a la ciudad, puesto que padecía de gota y temía sufrir una apoplejía entre los brazos de su querida. Su esposa y su hijo lo matarían. Sus infrecuentes visitas desembocaban en cada vez más frecuentes visitas de la señora Pettigrew a Ize, para venderle las pulseras de diamantes y los colgantes de rubíes que el barón le regalaba, a cambio de dinero para carbón, ropa y alimentos.

Hellen estaba emocionada por tener una amiga tan elegante y moderna con ellas. Su madre era demasiado gorda e indolente para pasear por el parque, acudir a obras de teatro o recorrer las tiendas (lugares donde Hellen podía conocer a hombres; seguro que Queenie querría ver a todos los caballeros solteros) y, por supuesto, los sitios de interés.

Pero antes Queenie tenía que hablar con Ize.

Primero Ize la arrastró hasta el banco. Luego maldijo, arrancó un cartel que estaba pegado junto a la puerta y, dedicándole una repulsiva mirada a un petirrojo<sup>7</sup> de Bow Street que vigilaba a los clientes en el interior del banco, volvió a arrastrar a Queenie, esa vez fuera de allí.

—Maldita sea, deben de haber cogido al esbirro de Godfrey. Él es el único que les diría lo de la cuenta. Godfrey no lo hizo, por Satán, porque los hombres muertos no pueden hablar, y estoy endemoniadamente seguro de que Molly no lo haría, no después de haber vivido de ello durante todos estos años. ¡Maldición!

Queenie respiraba entrecortadamente cuando Ize aminoró el paso al llegar a Green Park. Estaba tan enfadado que no se dio cuenta de que ella le arrancaba el cartel de la mano y se derrumbaba en un banco.

Queenie tomó aire de nuevo. Tenía ante sí la imagen de una joven que podría haber sido su hermana. «Ojos azules», decía el anuncio, «cabello rubio claro. Dieciocho años de edad».

—¡Vaya! ¡Podría ser yo!

—Bueno, pero no lo eres —dijo Ize, tratando de recuperar el anuncio de búsqueda. Queenie se aferró a él y siguió leyendo.

—¡Dios santo, mira el dinero que ofrecen por información o por encontrarla! «Lady Charlotte Endicott, conocida en su día como Lottie, está siendo buscada desesperadamente por su hermano, el conde de Carde. Lleva desaparecida desde los tres años de edad... perdida en un accidente de carruaje.» —Imágenes de un coche cayendo, de gritos y de sangre pasaron rápidamente por la cabeza de Queenie—. Recuerdo...

—Recuerdas lo que Dennis Godfrey te contó. No eres ella, y punto.

—Claro que no. ¿Cómo podría ser yo la hija legítima de un conde cuando Molly era mi...? Molly era mi madre, ¿no es cierto?

Ize se sacó un cuchillo de la bota, miró a su alrededor para comprobar si los observaban, se pasó el cuchillo de una mano a otra como decidiendo qué hacer con él y, finalmente, se puso a raspase la porquería de debajo de las uñas.

—Es hora de que sepas la verdad, yo creo, aunque solamente sea para evitar que acabes en la cárcel.

El rostro de Queenie palideció aún más.

—¿La cárcel?

---

<sup>7</sup> N. de la t.: Los agentes de Bow Street se caracterizaban por vestir un chaleco de color rojo.

—Eso es. Cárcel, o deportación. O tal vez la horca. Me colgarían a mí primero, y por eso no vas a contarle nada a nadie, sin importar la recompensa. ¿Me oyes?

—¿Nada sobre qué? ¿Quieres decir que en realidad tengo algo que ver con esta mujer?

—Algo, pero no de una forma legítima, por decirlo así. Molly nunca quiso contártelo; te quería demasiado y le daba vergüenza.

—¿Fui la hija ilegítima de su hermano? —dijo Queenie. Al menos aquel granuja estaba muerto.

Ize emitió un sonido que podría haber sido una carcajada.

—Como si aquel impresentable fuese a hacerse cargo de un bastardo suyo. Dejaría a su propio hijo morir de hambre en una alcantarilla. Pero tenía grandes planes.

—¿Para la hija del conde?

—Ella ya estaba muerta. Echó a perder el trabajo y mató a la condesa, al cochero y a la niñera también. Lo iban a colgar seguro, solo que el tipo que lo contrató era igual de culpable que él. Ese es quien nos ha estado pagando todos estos años. Pero antes de eso, el viejo Godfrey tuvo la ingeniosa idea de devolver a la heredera muerta a cambio del rescate.

—Pero estaba muerta. Acabas de decirlo.

Ize escupió en el suelo.

—Pero había cientos de huérfanos que mendigaban un hogar. Escogió a una niña hermosa, una que se parecía a la damita. Pelo rubio, ojos azules. Lo bastante parecida dentro de lo posible. Habrían pagado, pero el viejo conde murió, y después Godfrey. Y luego Molly va y se queda prendada de ti. No quiso saber nada de entregarte. Además, ella ya era culpable de haber ayudado y encubierto a su hermano. Y de quedarse con el dinero del chantaje. La habrían condenado hasta sin juicio, por tomarle el pelo a un conde.

Queenie no se planteó la culpabilidad o inocencia de Molly.

—¿Entonces soy huérfana?

—Por partida doble, ahora que Molly se ha ido.

Así que Queenie ni siquiera era hija de su madre. No tenía padres, ninguno. Su apellido no era «Dennis». Ni siquiera era el de Molly, al parecer. Debió de haberlo tomado del nombre de pila de su hermano cuando Dennis Godfrey se convirtió en un fugitivo. Solo Dios sabía de dónde procedía «Queenie». Suponía que tenía que sentirse agradecida a aquel horrible hombre por sacarla del orfanato. Los expósitos tenían una baja tasa de supervivencia en instituciones como aquellos asilos, viviendo entre la

porquería, la pobreza y la enfermedad, sin oportunidades de mejorar su suerte. Aun así, era culpable de tantos crímenes abominables que se alegraba de que estuviese muerto.

Volvió a mirar el cartel.

—Alguien debería contárselo al conde actual y a su hermano. Mira, aquí dice que la información que se tenga debe llevarse a Bow Street.

—¿Alguien debería contarles qué? ¿Que has estado viviendo de su dinero durante dieciséis años? ¿Que tú ibas a ser el señuelo? ¿Que tu propia madre era una chantajista y tu tío el asesino? ¿O tal vez les contarás que yo fui cómplice, que lo supe todo durante todos estos años, también?

—No, yo no haría eso.

Lanzó el cuchillo y la punta aterrizó a un centímetro escaso del zapato de Queenie.

—Claro que no lo harías, maldita sea. Si oigo que te acercas al conde o a Bow Street, no tendrás que preocuparte por ir a la cárcel.

—Solo pensaba que deberían saber que su hermana está muerta para que dejen de buscarla. Pueden enterrar su recuerdo de una vez por todas, en lugar de vivir para siempre con la incertidumbre. —Igual que ella, que siempre se preguntaría por sus orígenes.

—Bah. ¿A quién le importan? Tienen su fortuna. Y nosotros no vamos a sacar nada más, a no ser que se nos ocurra un modo de entrar en el banco pasando desapercibidos. —Observó el cabello rubio de la muchacha que asomaba bajo el sombrero negro—. Puede que con un velo.

Queenie no creía que aquello fuese a funcionar. Si el conde tenía hombres vigilando el banco, seguro que se lo habían notificado a los cajeros. Además, ella y Ize no sabían qué nombre había utilizado Molly en su cuenta. ¿«Molly Dennis», como se la conocía en Manchester? ¿«Molly Godfrey», que era su verdadero nombre? Por otro lado, aunque el testamento establecía claramente que todo su patrimonio y propiedades le eran legadas a su hija, Queenie no tenía forma alguna de probar que ella era, de hecho, la hija de Molly. Entonces comprendió por qué no había encontrado ninguna partida de nacimiento, ni prueba alguna de su origen.

—El dinero no es nuestro —dijo.

Ize arrancó su cuchillo del suelo y lo limpió en sus pantalones.

—Entonces será mejor que yo me quede con una parte de esa dote que Molly apartó para ti. Piénsalo, nena. No serías nada sin mi ayuda.

Queenie no era nadie; no era nada.



—Ese dinero es mío, para abrir una tienda. Nuestro negocio, por otro lado, se ha acabado. No le hablaré de ti a nadie y espero que tú no vuelvas a hablar nunca de mí. Que tengas un buen día, Ize.

Y regresó a casa de las Pettigrew.

Valerie Pettigrew lo sabía todo acerca de la historia de los Carde, la tristeza del viejo conde fallecido y la tragedia de la muerte de su joven esposa, ambos agravados por la desaparición de su hijita. Había anuncios de recompensa pegados por toda la ciudad, recordaba la señora Pettigrew, pero la chiquilla nunca había aparecido. Conocía nuevas historias sobre el capitán Jack Endicott, que había regresado de la guerra y abierto un local de juego para encontrar a mujeres jóvenes de la edad adecuada... que pudiesen saber algo sobre su hermanastra. Contratada a las más hermosas y las trataba bien, según todos los rumores.

—El Rojo y Negro, así es como llama a su club, ya que no permite que ninguna rubia haga negocios o acompañe a los hombres, en memoria de la pequeña Charlotte —contó la anciana mujer, secándose una lágrima del rostro.

Queenie pensó que aquella lágrima podía deberse a la emotiva historia sobre un joven héroe que renunciaba a su privilegiado estatus en la sociedad para emprender un turbio negocio a causa de un juramento que había hecho cuando no era más que un niño. Por otro lado, Valerie Pettigrew podría estar llorando porque, sin la protección de su barón, no podía visitar el local más distinguido y conocido entre las mujeres de su clase.

Queenie sí podía. Se libró de Hellen, para decepción de su amiga, y tomó un coche de plaza hacia Mayfair. El cochero conocía sobradamente la dirección, pues había llevado a muchas mujeres cargadas de esperanzas a aquel club. Estuvo de acuerdo en aguardar su vuelta por una moneda más. Ella procuraba permanecer tras el velo que llevaba, y tenía dudas acerca de su atuendo de luto.

—Debe tener el cabello rojo o negro, señorita. Y estar dispuesta a sonreír a los caballeros —le aconsejó con educación y generosidad—. Buena suerte.

Queenie no tuvo buena suerte. Era la última de la fila, al parecer, para hablar con el hombre que estaba a cargo de las entrevistas. Sin embargo, pudo contemplar largamente el retrato de la madre de la niña desaparecida, una mujer que se parecía a ella misma lo suficiente como para hacer que desease lo imposible. Qué dulce y elegante, qué perfecta con sus perlas,

con una preciosa casa detrás. Queenie podía imaginarse perfectamente allí, como su amada hija. ¡Qué estúpida!

Se retiró el velo y observó a las demás mujeres que esperaban a ser llamadas al escritorio que presidía el largo y estrecho recibidor. Casi todas tenían el pelo rojo o negro, tal y como el cochero le había advertido, y vestían exuberantes y escotados atuendos que definían sus actitudes y ambiciones. Unas cuantas rubias, artificiales o no, buscaban un puesto diferente en el casino. Una mujer vestida con lúgubres ropajes llevaba incluso una niña con ella. Queenie no alcanzaba a imaginar qué era lo que aquella mujer buscaba allí, pero esta fue lo bastante amable como para hablar con ella antes de que le llegase su turno en la parte delantera de la habitación.

—Debes saber que tus hermanos son Alex y Jack. Te preguntarán el nombre de tu poni y de tu muñeca —le susurró mientras dejaba a la niña durmiendo sobre el banco para acercarse al escritorio.

Queenie había oído a la señora Pettigrew hablar de Alex, o Ace, como le apodaban, el actual conde de Carde; y del capitán Jack Endicott, desde luego, el propietario del club. Pero ninguno de los dos nombres resonaba en su cabeza. Creía que debía de haber conocido a un chico llamado Andy o Endy en el orfanato, y seguro que habría un Jack o un John.

Ella nunca había tenido un poni. Molly quería que aprendiese a montar, como una dama, pero a Queenie le daban miedo los caballos, así que nunca lo hizo. En cuanto a Dolly, se había desintegrado muchos años atrás, y Queenie suponía que la mitad de las niñas de Inglaterra llamarían Dolly a sus muñecas.

Entonces el hombre del escritorio se incorporó de la silla. Declaró las entrevistas finalizadas por ese día y se escabulló por la puerta trasera, tras la que Queenie alcanzó a ver a un hombre de pelo oscuro y nariz torcida sentado tras otro escritorio.

Queenie se marchó.

Lo intentó de nuevo la semana siguiente, tras siete infructuosos días inmersa en la búsqueda de empleo con alguna sastra consagrada de Londres. Nadie quería sus diseños ni sus destrezas con la aguja, excepto para puestos en los que pagaban poco por muchas horas en condiciones deplorables.

Aquella vez le pareció haber visto a Ize en las inmediaciones del club, pero ¿qué negocios podía tener él allí? Una vez más no tuvo suerte, ya que la oficina de entrevistas estaba cerrando. Una mujer con más carácter tal vez habría insistido en que su información era importante, que el capitán

Endicott se sentiría aliviado tras escucharla, pero supuso que todas y cada una de las candidatas a heredera dirían exactamente lo mismo. Se retiró el velo para contemplar el retrato de nuevo antes de irse.

Unos días más tarde, la señora Pettigrew levantó la cabeza de su chocolate mañanero y su periódico y dijo:

—Vaya, ¿no es extraño? Hemos estado hablando del capitán Jack y su club, y ahora resulta que se incendió anoche. Nadie salió herido, por suerte. Creen que puede haber sido un jugador descontento el que causó el fuego intencionadamente.

Queenie pensó que había sido Ize, para advertirla a ella o al capitán Endicott. ¡Dios santo! Ahora le había causado más problemas a aquella pobre familia, cuando lo único que quería era acabar con su búsqueda y su pesar. Pensó en enviarles una carta, pero le pareció cruel no estar allí para responder a sus preguntas y no asumir la responsabilidad por su complicidad involuntaria en el crimen que causó el dolor de la familia.

Trató de presentarse en el salón de juego una vez más, ataviada con uno de sus vestidos más coloridos, con un sombrero rosa con velo en lugar del negro del luto. Se detuvo en el exterior para leer un nuevo cartel que habían colgado y que Ize no había conseguido destrozar. Esta vez la recompensa por cualquier información era más alta, y más detallada. Ahora buscaban a una joven de unos diecinueve años, conocida en su día como lady Charlotte Endicott, o Lottie, y que posiblemente ahora se identificase como Queenie.

¡Santo cielo! ¡La estaban buscando a ella, la llamaban por su nombre! Solo que no era su nombre, ni tampoco lo eran «Charlotte» o «Lottie». Ella no era nadie, solo una criminal, a pesar de que no había cometido ningún delito. Tenía una deuda con la familia Endicott que iba más allá de toda medida, pero ¿cómo podía esperar pagársela desde prisión, si es que Ize no la mataba primero al sospechar de sus intenciones? O podría causar más problemas en el Rojo y Negro, o en la casa Carde de Grosvenor Square. Le pidió al cochero que rodease la mansión mientras decidía qué hacer. La elegante casa estaba siendo reparada, y no le resultaba familiar en absoluto. ¿Cómo podría, si no era más que una huérfana?

Era evidente que las Pettigrew verían los nuevos carteles... Y Valerie necesitaba dinero constantemente. Además, seguro que algunas de las sastras a las que Queenie había pedido trabajo recordaban un nombre tan particular. La atraparían, la entregarían y la arrestarían, si es que Ize no la encontraba antes.

Tenía que irse. Irse... ¿adónde? Tenía ahorros y tenía ambiciones. La guerra había terminado y Francia volvía a convertirse en la capital europea de la moda. Las sastras allí no eran costureras ni modistas que copiaban imágenes de las fotografías de revistas. Los hombres eran los diseñadores en Francia, y marcaban estilos para mujeres de todo el mundo. Queenie decidió que ingresaría como aprendiz en un lugar u otro. Su francés era impecable, según el criterio de su tutor, y era consciente de su atractivo físico, por si su destreza y su dinero no le bastaban para conseguir un empleo. Estudiaría mucho y se convertiría en una distinguida diseñadora, un árbitro de la elegancia inglesa, una mujer de negocios con un futuro. Tal vez no tuviese un nombre que pudiese llamar suyo (encontraría otro en Francia), pero sería alguien. Y entonces comenzaría a pagar su deuda de conciencia con lord Carde y su hermano Jack... Y con lady Charlotte.